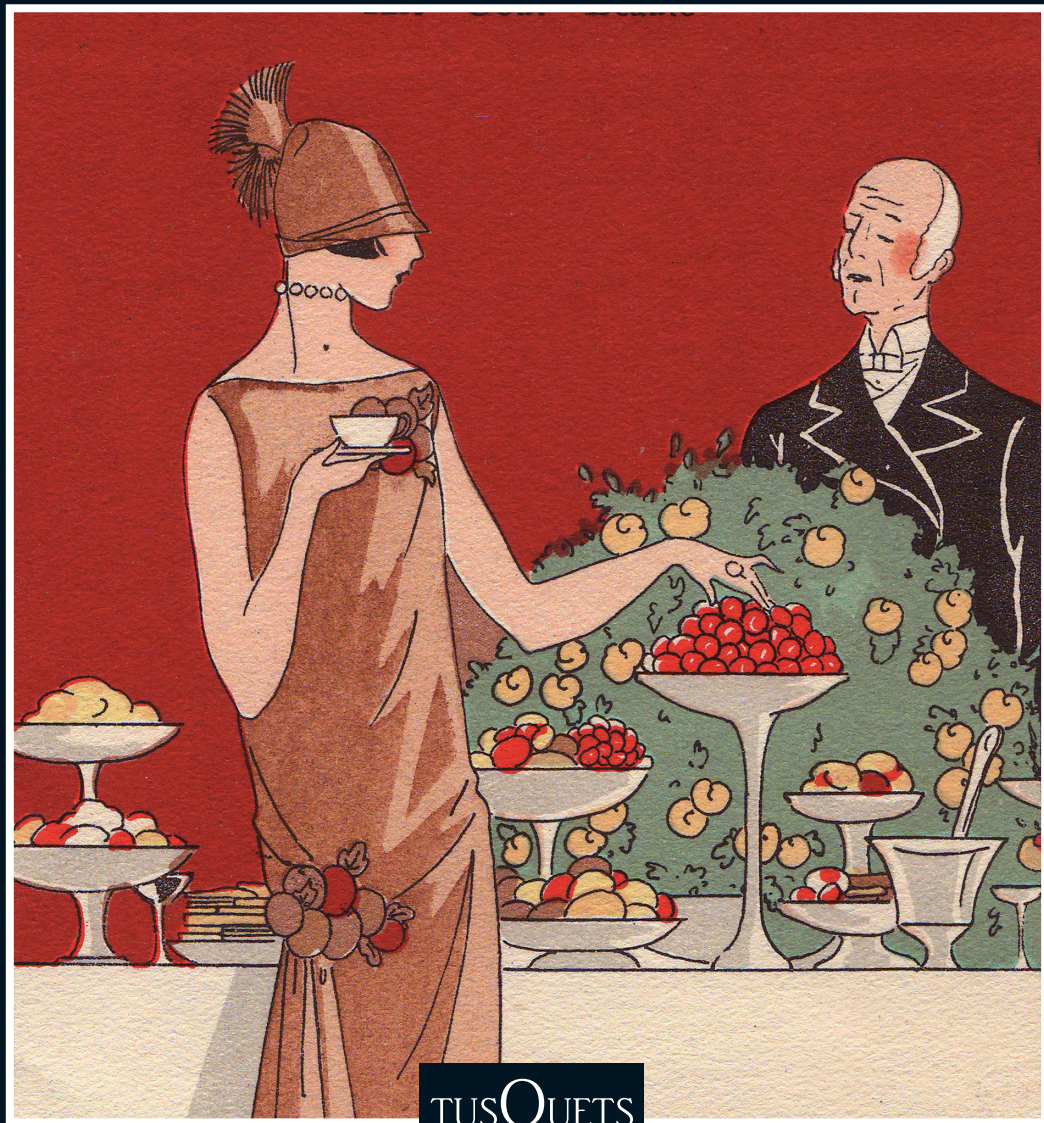


Joaquín Berges

NADIE ES PERFECTO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

JOAQUÍN BERGES
NADIE ES PERFECTO

TUSQUETS
EDITORES

1.^a edición: mayo de 2015

© Joaquín Berges, 2015

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-106-2
Depósito legal: B. 7.724-2015
Fotocomposición: Víctor Igual, S.L.
Impreso por Limpergraf, S.L.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Nunca olvidaré el día que visité Kenwood Manor por primera vez. Permanece en mi memoria grabado al fuego que producen las emociones más intensas. Debió de ser hacia 1940 o quizá antes, en la década de los treinta, aunque tampoco puedo descartar que fuera un poco más tarde, probablemente después de 1950. Por no resultar demasiado impreciso, digamos que fue en algún momento de mediados del siglo xx. Fue un día inolvidable, quizá una tarde de sábado. Una tarde cualquiera. Lady Whirlpool, la dueña de la casa, me había invitado personalmente a la fiesta de cumpleaños de su esposo.

Kenwood Manor era lo que se conoce como una mansión de época, no sé precisar cuál, una lo suficientemente próspera para permitir que las casas tuvieran vuelo de escaleras a la entrada, grandes ventanales, terrazas con balaustradas, distintas alas para disfrutar del sol de la mañana o de la tarde e inmaculados jardines salpicados de fuentes y floridos parterres. Lo había visto en la invitación que había recibido por correo. Los Whirlpool habían vivido allí desde que se construyó la casa, hacía casi dos siglos, aunque confiaba en que se hubieran ido reproduciendo y mis anfitriones fueran alguno de sus descendientes.

Había llegado a los límites de la finca a bordo de mi recién adquirido descapotable, conduciendo por una sinuosa carretera que serpenteaba entre prados separados por pequeños muros de piedra y coquetas poblaciones compuestas por casas de piedra separadas por pequeños prados. Un paisaje encantador, quizá algo redundante. Detuve el coche un momento para quitarme varias briznas de paja de la cara y unos cuantos mosquitos que

habían impactado contra mis gafas de conducir. Tomé la chaqueta del asiento trasero. Me ajusté el cuello de la camisa y comprobé que otros mosquitos habían formado un elegante estampado sobre su tela, a la altura del pecho. Luego reanudé la marcha y traspasé la frontera de Kenwood Manor con el aliento contenido, admirando la fronda de sus árboles centenarios sobre un enorme jardín de estilo francés con estatuas por todas partes, aunque no tantas como al principio creí porque varias comenzaron a moverse, demostrando que eran en realidad jardineros trabajando.

La mansión apareció poco después en el fondo de un pequeño valle, con cierta teatralidad, primero las chimeneas y el tejado, luego los muros de sus tres plantas, su fachada y por fin su entrada principal, ante cuya puerta detuve el vehículo, no sin antes recobrar el aliento. Más que nada para poder responder al cortés saludo con que me obsequió el mayordomo.

—Mi nombre es Harrods —dijo haciendo una fugaz reverencia—. Bienvenido a Kenwood Manor, señor Bull. Lady Whirlpool le está esperando en la terraza norte. Permítame ocuparme de su equipaje y de su automóvil.

—Gracias.

Se quedó inmóvil y me contagié.

—Para lo cual le ruego que lo abandone —tuvo que añadir.

Salté del coche y me cepillé la americana y la camisa con las manos. Es un gesto que hago muy a menudo, incluso cuando no voy lleno de mosquitos. Alcé la mirada para contemplar la entrada principal de la casa y quedé fascinado por sus imponentes hechuras arquitectónicas. Harrods dio una orden a otro sirviente para que se ocupara de mi maleta y mi bolsa de deporte.

—Acompañeme, se lo ruego —me dijo.

Un tercer hombre montó en el coche y se lo llevó. Confié en que fuera otro sirviente de los Whirlpool. Ascendí las escaleras caminando detrás de Harrods sin poder evitar una sonrisa de euforia, como un niño entrando en un parque de atracciones. Estaba en una mansión inglesa con mayordomo, mozo de equipaje y un más que probable aparcacoches. Demasiado solemne como para permanecer serio.

Entramos en el hall y el mundo de los sonidos cambió por completo. Las pisadas de Harrods se amplificaron, lo mismo que mi respiración y mi pulso. Quizá por ello decidí dejar de sonreír. Frente a nosotros se desplegaba una suntuosa caja de escaleras de varios cuerpos, sostenida por recias columnas y querubines de mármol. Todo de época.

De pronto alguien se acercó por nuestra derecha.

—Yo no he sido —dijo un anciano mostrándome sus manos completamente ensangrentadas—. Ya estaba muerto cuando llegué. Lo juro.

Mi primera reacción fue de orden higiénico y me obligó a dar un paso atrás para que el anciano no me manchara la americana. Por suerte, Harrods intervino con presteza.

—Déjenos tranquilos, General —le ordenó en tono castrense.

—Pero es que yo no he sido —insistió el otro—. No he matado a nadie.

—Entonces, ¿por qué lleva las manos manchadas de sangre? —dije sin poder contenerme.

El sujeto se miró las manos y reaccionó como si fuera la primera vez que se las veía. Lanzó un grito, quién sabe si por descubrir que tenía manos o más concretamente porque las tenía manchadas de sangre, y se marchó por donde había venido repitiendo que él no había sido.

—Le pido disculpas —dijo Harrods—. Es el General Motors, el padre de Lady Whirlpool y, por tanto, el suegro de Lord Whirlpool.

Y se señaló la cabeza con el dedo índice.

—Hace unos meses que vive en Kenwood Manor y su salud se resiente con la edad.

—¿Es peligroso?

—No, no se preocupe.

—Pero llevaba las manos ensangrentadas y hablaba de un muerto.

—Le he dicho que no se preocupe. Todo tiene una explicación —dijo.

Y continuó andando sin decir una palabra más. Tomamos el

pasillo de la izquierda caminando uno detrás del otro, como dos soldados en un desfile. Me habría gustado ponerme a su nivel, pero Harrods se movía con suma destreza, quizá para evitar que lo hiciera. Dimos la vuelta a una esquina y giramos nuevamente a la derecha, camino de una gran cristalera por la que entraba la luz del mediodía. Harrods se detuvo en seco, adoptó la misma posición de firmes que si estuviera en el ejército y dijo:

—Lady Whirlpool, ha llegado la visita que esperaba.

Una elegantísima señora se levantó de un banco en el que leía un libro y se acercó a nosotros.

—Ah, señor Bull —dijo con una sonrisa de bienvenida—, qué alegría que haya llegado tan puntual.

Y me tendió una de sus manos, no recuerdo cuál, probablemente la que no sujetaba el libro. Supongo que pretendía que se la besara pero decliné hacerlo. En lugar de eso se la estreché mientras me acercaba a ella para darle dos certeros besos, uno en cada mejilla. Harrods, que se había colocado junto a su señora, no se inmutó. O quizá lo hizo pero nuevamente sin alterar sus facciones.

—Casi lo olvido —rió Lady Whirlpool—. Ustedes, los mediterráneos, tienen sus propios usos y costumbres para saludarse.

—Le ruego que me disculpe —respondí devolviéndole la sonrisa—. Al ver sus mejillas coloreadas por la luz del mediodía no he podido evitar besárselas.

Ella dejó de sonreír.

—Es usted un adulator —dijo, no supe si para reñirme o para premiarme.

—¿Eso lo dice usted para reñirme o para premiarme? —Siempre me ha incomodado vivir en la incerteza.

Harrods inclinó levemente la cabeza.

—Me ocuparé de que su equipaje quede perfectamente colocado en su vestidor, señor Bull —dijo dirigiéndose a mí.

Y haciéndome sonrojar, porque eso me recordó que no había tenido tiempo de preparar un verdadero equipaje. Más bien al contrario. Después de hacer un rápido recuento mental de lo que iba a necesitar, opté por sacar la ropa sucia que había en el cesto de lavar y meterla tal como estaba en la maleta. Harrods

dio un giro sobre sí mismo con impecable agilidad y se marchó. Lady Whirlpool se dedicó a examinarme y yo a examinar su terraza, una espléndida obra de hierro forjado, mármol, yedra, hormigas y flores de temporada que daba a un coqueto patio interior al final del cual había una fuente de agua que manaba entre azulejos.

—Tiene usted una casa preciosa, Lady Whirlpool —dije.

—Gracias.

—Muy de época.

—Es cierto, ¿no lo es?

Asentí sonriendo. ¿Qué clase de forma de hablar era esa? Di unos pasos hacia la yedra que trepaba por la pared y cubría toda la fachada, según pude comprobar al elevar la vista hacia el cielo. Ella se acercó a mí pero no dijo nada. Yo tampoco. En realidad no sabía quién de los dos tenía que comenzar a hablar. Ni siquiera sabía qué demonios estaba haciendo allí. Me sentí incómodo. Era evidente que tenía que romper el hielo del silencio.

—Esta yedra tiene clorosis —dije tocando una hoja.

—No me diga.

—Añádale un poco de hierro en el agua de riego y verá qué cambio.

Chasquéé la lengua. No había elegido un buen tema de conversación.

—Le agradezco mucho que me haya invitado a la fiesta de cumpleaños de Lord Whirlpool —dije por fin con algo más de juicio.

—Ha sido un verdadero placer.

—Sinceramente, fue una sorpresa —confesé—. No me lo esperaba.

—¿Por qué no?

Le sostuve la mirada unos segundos tratando de sopesar su gravedad.

—No sé —respondí enarcando las cejas—, a veces uno se levanta de la cama un poco pesimista y cree que nadie va a invitarlo a su fiesta de cumpleaños, ni siquiera un desconocido del que no ha oído hablar en toda su vida.

Ella pasó por alto mi sarcasmo.

—Olvide sus pesimismo, señor Bull —dijo—, y disfrute tanto como pueda de su estancia en Kenwood Manor. Esta noche se celebrará la fiesta de cumpleaños de Lord Whirlpool y tendrá la oportunidad de conocer a nuestros encantadores vecinos y amigos. Incluso es posible que conozca también a alguno de nuestros enemigos. Mañana podrá disfrutar de la piscina, las pistas de tenis o los caballos. ¿Quiere que le enseñe la casa?

Y me ofreció su brazo cubierto de encaje, como su cuello y sus hombros. Y como el mantel de la mesita que había junto al banco. Paseamos muy despacio por el patio hasta llegar a la fuente de los azulejos, una vez allí sentí sed y fui a echar un trago, pero Lady Whirlpool me lo impidió señalando una rana que había a nuestros pies. Ignoro si quiso indicarme que el agua no era potable o que la rana era uno de esos príncipes encantados que aparecen en los cuentos de hadas. La cuestión es que me quedé con las ganas de beber. Y quizá también de besar a la rana. Salimos por una puerta contigua y volvimos al corredor por el que me había conducido Harrods, lo que me permitió admirar toda su recargada elegancia. Finalmente, entramos en una estancia llena de libros.

—No me lo diga —bromeé haciéndome el inspirado—. Este es el salón de la música.

—¿Cómo lo ha sabido? —replicó ella.

—¿Es el salón de la música? —repetí buscando algún instrumento musical que lo atestiguara.

—Así es —confirmó Lady Whirlpool—. Todos los libros que ve en esta estancia tratan de la historia de la música o son partituras y libretos.

—¿En serio?

—Incluso algunos son falsos y contienen botellas de licor. La miré sin comprender.

—¿Cómo dice usted?

—El licor conduce directamente a la música, señor Bull —matizó—. ¿Nunca ha tenido ganas de entonar una bella melodía tras ingerir una botella de un buen whisky escocés?

Reí su broma, pero ella no me devolvió la sonrisa, así que

intuí que no hablaba en broma. O que sí lo hacía, pero muy en serio. Abandonamos el salón y continuamos por el corredor hasta la siguiente estancia, toda llena de relojes de sobremesa, de pared y de carillón.

—Le diría que hemos llegado a la sala de los relojes —me aventuré a decir—, pero quizá estemos en el salón de juegos.

Me miró sin comprender mi insinuación, invitándome a que me explicara.

—El tiempo no es más que un juego, Lady Whirlpool —dije tratando de devolverle la broma.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que he dicho —recalqué—. ¿Nunca ha visto una carrera de automóviles, motocicletas o incluso caballos en su categoría contrarreloj?

Ella negó con la cabeza, una sola vez a cada lado, y salió de la estancia para continuar el paseo. La siguiente puerta conducía directamente a la biblioteca. Esta vez no cabía ninguna duda: miles de ejemplares se apilaban en estanterías de madera maciza que llegaban hasta el techo en medio de un ambiente enrarecido, casi irrespirable.

—No me lo diga —insistí—, hemos llegado al gimnasio. Los libros son de pega, como los que ponen en los almacenes de muebles, y las estanterías esconden sofisticados aparatos para desarrollar los músculos.

—¿Cómo lo ha sabido? —dijo ella—. ¿Ha hablado con Harrods?

—¿Es el gimnasio?

Entonces compuso una mueca difícil de describir, con la boca abierta y los ojos cerrados, a medio camino entre quien trata de disimular la risa y quien ríe para disimular otra cosa, como si estuviera haciendo algún tipo de gimnasia facial. Yo la imité por si aquel gesto formaba parte de algún protocolo que desconocía. Luego recuperó su rictus habitual y lanzó una sonora carcajada que acabó de disipar cualquier duda sobre lo que había ocurrido.

—Disculpeme —dijo olfateando alrededor—, sólo estaba bromeando. Por supuesto que se trata de la biblioteca, aunque

huele un poco raro. No sé a qué. Me ha puesto la broma demasiado fácil, demasiado...

—¿A huevo?

—Yo iba a decir demasiado a propósito.

—Me refería a que huele a huevo podrido.

—Es cierto —confirmó alzando su nariz ya de por sí respingona—. Llamaré a Harrods.

Y pulsó un botón que llevaba discretamente colgado del cuello, lo que significaba que no era sólo un collar con una perla. Un zumbido muy penetrante invadió la estancia por espacio de unos segundos.

—Vendrá en un momento —dijo devolviendo el collar a su pecho—. Estos pulsadores han hecho la vida en Kenwood mucho más sencilla.

—No creo que Harrods sea de la misma opinión —repliqué.

Ella obvió mi comentario. O simplemente hizo como que lo obviaba.

—A propósito, ¿por qué ha compuesto esa horrible mueca cuando yo me he reído? —preguntó mirando hacia la puerta, donde había sucedido el hecho.

Su pregunta demostraba que Lady Whirlpool era muy observadora. Y muy quisquillosa también.

—Simplemente yo también me estaba riendo, Lady Whirlpool —respondí.

—¿Sin emitir ni una sola carcajada?

—Me río en silencio, sí —confirmé—. ¿Nunca ha oído hablar de la risa silenciosa?

—En toda mi vida.

—No me extraña —dije con un gesto de fastidio—. No somos aún muchos quienes la practicamos, pero le aseguro que es muy útil.

—¿Ah sí? —se extrañó ella.

—Sí. Le permite a uno reírse en las bibliotecas, los hospitales y las iglesias sin levantar ningún tipo de revuelo.

Y le hice una demostración abriendo mucho la boca, cerrando los ojos e incluso dándome palmadas en las piernas completamente mudo. En ese momento llegó Harrods.

—¿Me llamaba, Milady? —dijo sin alterarse en absoluto al verme hacer aquellos ejercicios gimnásticos.

—Sí, Harrods —respondió ella—, huele espantosamente mal. Lo más probable es que mi padre haya estado por aquí. Mande ventilar la estancia, por favor.

—Ahora mismo.

Harrods se acercó a unos interruptores que había junto a la puerta y accionó uno de ellos. Lady Whirlpool me tomó del brazo y volvimos al corredor.

—Mi padre es un hombre mayor —dijo bajando la voz—. No sabe muy bien lo que hace y a menudo descuida su aseo personal.

—Lo he notado —respondí.

—¿Conoce al General?

—Me lo he encontrado nada más entrar en la casa.

—Supongo que llevaba las manos llenas de sangre, ¿no las llevaba?

—Así es —contesté frunciendo las cejas, como asombrado o cejijunto—. Iba diciendo que no había matado a nadie.

—Pobre hombre —suspiró ella—. Está obsesionado con la idea de la muerte.

Hice ese gesto que se hace con la mano para quitar importancia a las cosas y que es muy parecido al que se usa cuando nos molesta una mosca.

—Es normal a su edad —dije.

—No me refiero a su muerte. Está obsesionado con la idea de que ha habido un asesinato en Kenwood Manor.

Me puse instintivamente en guardia porque creí que me iban a encargar la investigación de ese asesinato, pero ella suspiró de forma despreocupada antes de añadir:

—Creo que ha leído demasiadas novelas policíacas.

—La literatura es un pasatiempo muy peligroso —admití convencido—. Le habría ido mucho mejor recurriendo a los libros de pega que contienen botellas de licor en su interior, como los que hay en su salón de la música.

—Es probable —repuso ella sin la intención de seguir hablando del tema.

Habíamos llegado al hall principal, justo donde arrancaban las escaleras, el lugar en que me había encontrado con el General Motors. Estuve a punto de aprovechar la coincidencia para preguntar de dónde procedía la sangre de sus manos, pero no tuve oportunidad de hacerlo porque en aquel momento un tropel de personas comenzó a bajar por las escaleras haciendo el mismo ruido que un escuadrón de caballería camino del campo de batalla.

Lady Whirlpool me empujó a un lado.

—Son los ayudantes de mi esposo —me informó elevando la voz—. Trabajan en el último piso. Tendrá ocasión de conocer a alguno de ellos esta noche.

No especificó nada más. Supuse que se refería a los que estuvieran invitados a la fiesta. No menos de quince personas pasaron delante de nosotros con todo tipo de artilugios mecánicos entre las manos.

—¿A qué se dedican? —pregunté mirando a Lady Whirlpool.

Ella negó con la cabeza y cerró un segundo los ojos. No iba a reírse esta vez.

—Se lo explicaré más tarde —respondió con un largo suspiro—. De momento le ruego que no suba a ese último piso. Es un lugar prohibido donde suceden cosas terribles.

—¿Qué cosas? —pregunté.

Pero ella no me respondió, quizá porque creyó que había pronunciado una exclamación en lugar de una pregunta.

—Adonde sí puede ir es al primer piso —dijo—, donde están las alcobas, los dormitorios y los cuartos de baño. Harrods le acompañará a su habitación.

No lo vi llegar, pero el aludido se personó inmediatamente a mi lado.

—Por aquí, por favor —dijo comenzando a subir las escaleras.

Antes de seguir su estela ascendente me volví hacia Lady Whirlpool.

—Gracias por enseñarme su estupenda mansión —dije alargando mi mano.

—Aún le queda mucho por ver —respondió ella aceptándola.

Harrods carraspeó. No supe si estaba cogiendo frío en la escalera o se estaba impacientando. Nuevamente me encontraba siguiendo sus acelerados pasos, incapaz de ponerme a su altura y mucho menos de adelantarlo. Doblamos las escaleras y accedimos al corredor del piso superior, desde cuya barandilla se veía el hall de entrada, completamente vacío. En la pared opuesta había unas puertas de madera entre las que posaban unos maceteros con plantas de interior que me parecieron de plástico hasta que vi a una sirvienta regándolas.

Harrods se detuvo al final del pasillo.

—Es aquí —dijo—. Su equipaje ya ha sido colocado en el armario.

Y abrió la puerta, invitándome a entrar, lo que me permitió ser el primero en percibir el aroma que procedía del interior de ese armario.

—¿Tiene servicio de lavandería? —pregunté después de carraspear una sola vez.

—Por supuesto —contestó Harrods—, deme lo que sea y en un par de horas se lo devolveré lavado y planchado.

Me rasqué la cabeza para hacerme el aturdido.

—Lo cierto es que no sé qué voy a ponerme esta noche —dije abriendo el armario y volviendo la cara hacia Harrods para librarme del tufo que desprendía mi ropa colgada—. Me he hecho un lío al hacer la maleta. Lo mejor será que me lo lave y planche todo.

—Como usted diga.

—De lo contrario me arriesgo a llevar ropa lavada con distintos detergentes —añadí poniendo los ojos en blanco—, y ya sabe lo molesto que resulta eso, Harrods.

Esta vez no me dio la razón ni hizo gesto de complacencia alguno.

—La otra posibilidad —propuso él— es que lavemos sólo algunas prendas pero usando su detergente habitual, para evitar ese problema.

Me sostuvo la mirada antes de preguntar:

—¿Qué detergente usa, señor Bull?

—Extra de Marsella al acetato de Módena con aromas oceánicos de la isla de Svalbard —dije yo—, en el Ártico.

—Deme toda la ropa —resolvió Harrods—. No será ninguna molestia.

Lo hice volviendo a meterla en la maleta, como si estuviera a punto de marcharme de allí. Harrods la cogió e hizo una flexión de cuello.

—Que disfrute de su estancia en Kenwood Manor —dijo.

Y se marchó dejándome en la habitación con esa sensación de libertad que tiene uno cuando se libera de todas las etiquetas y protocolos y puede dar rienda suelta a sus verdaderos hábitos de comportamiento. Lo primero que hice fue descalzarme; lo segundo, curiosear por la ventana, desde la que se veía la parte de atrás de la mansión, incluyendo una esquina del patio que había recorrido con Lady Whirlpool. Lo tercero fue dar un grito de pavor que salió de mi garganta cuando vi que alguien sabía de mi baño. Al principio creí que se trataba de algún miembro del servicio, un fontanero o alguien de mantenimiento, pero no. Era una mujer joven.

—Perdona si te he asustado —dijo.

Y rubia.

—Necesitaba darme una ducha —añadió.

Y esculturalmente hermosa.

—Los baños de arriba estaban ocupados por las demás chicas.

Y desnuda.

—Este oficio es divertido pero muy sucio.

Y mojada.

—Soy Ballantines.

Y se acercó para darme la mano.

—Rhett —dije aceptándola.

—¿Has venido a la fiesta del Enmascarado?

Parpadeé varias veces, muchas, tantas que Ballantines parecía moverse a cámara lenta delante de mí. Estaba perplejo, quizá porque al desconcierto que me provocaron sus palabras se sumó la cercanía de sus pechos.

—He venido a la fiesta de Lord Whirlpool —logré decir.

—En ese caso nos veremos luego —respondió ella—. Hasta entonces.

Y se marchó de mi habitación, dejando un rastro de agua en el suelo de madera y un olor delicioso por todas partes. Casi inmediatamente me dirigí al baño con la nariz muy abierta. No quería perderme ninguna feromona que hubiera quedado flotando en el aire. Luego me desnudé y me metí en la bañera. Necesitaba recibir el mismo chorro de agua que había recibido Ballantines, como si el agua pudiera devolverme su halo de sensualidad. Después me dirigí a la cama y me tumbé sobre ella dando un largo suspiro, igual que un adolescente enamorado. Cerré los ojos con la intención de imaginar que acariciaba el cuerpo de Ballantines y me quedé dormido, pero afortunadamente soñé que acariciaba el cuerpo de Ballantines. Siempre me ha gustado tener mi mente bajo control, incluso cuando está en manos de mi subconsciente. O cuando estoy inconsciente, si es que alguna vez no lo estoy.